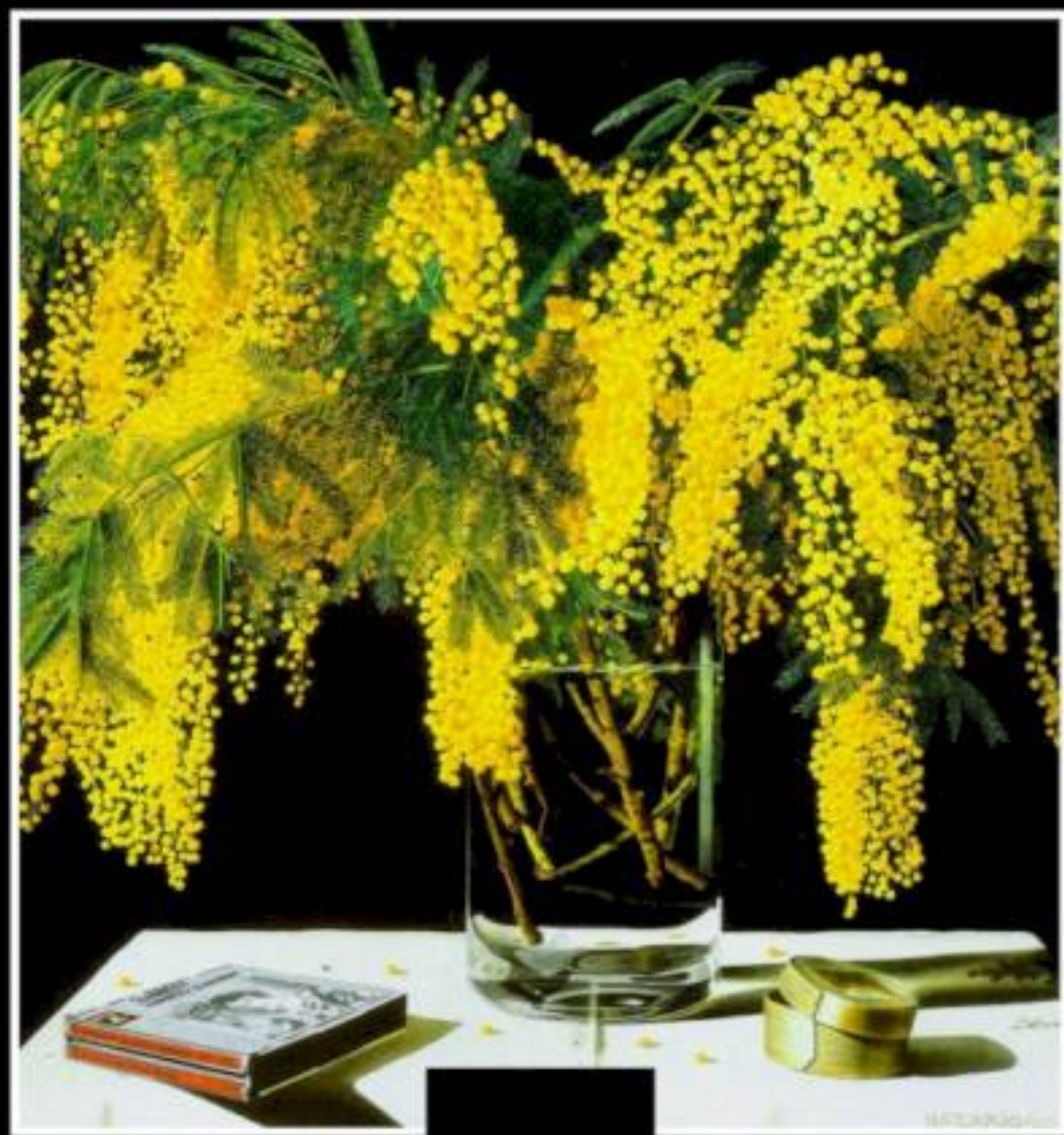


Eduardo Mendicutti

PARA QUE VUELVAS HOY



Isabel es una anciana que le cuenta a Marta, su joven cuidadora, con reticencia y ataques de mal genio, algunos episodios de su pasado. En sus conversaciones la cuidadora descubre que Isabel ha tenido una vida llena de historias. Que sobrevivió a muchas calamidades en años difíciles, que tuvo que ejercer la prostitución y que conoció a muchos hombres. De todos ellos, Isabel guarda con especial cariño el recuerdo de un hombre, que fue delicado y atento con ella, y al que le devolvió el dinero con una nota: «Para que vuelvas hoy». Al día siguiente Isabel recibió un enorme ramo de flores con un mensaje: «Para Isabel, mi primer amor». Y para Isabel, ese hombre, del que nunca más supo, se convertirá en el amor de su vida. Por todo lo que Isabel le va contando, Marta reconoce en ese hombre a un personaje real, Marcos Ana, que escribió en sus memorias un capítulo de cómo, cumplidos los cuarenta, tuvo su primer encuentro con una mujer, tras 23 años encarcelado en el franquismo por motivos políticos. Marta le lleva el libro y lee con Isabel cómo vivió aquel hombre avergonzado ese único encuentro y la lección de dignidad de su comportamiento.

Índice de contenido

Cubierta

Para que vuelvas hoy

Conmemoración

Un ramo como un árbol

La voz de Cabracho

Poquito peinado para tanta peineta

Una merienda en familia

A la manera de la ruleta rusa

Cómo llorar a un amigo

También se sueña con las cosas felices

Romántico a sus años

Así sonreía mi gente

Un libro, ya ves tú qué regalo

Besos, «sombras»

Nota del autor

Sobre el autor

*A Marcos Ana, in memoriam,
y a «Isabel Peñalber»,
por aquella noche.*

*Y a Vicente,
por tantos días.*

Pero otra vez me abrasaba el deseo y mi imaginación se encendía recordando la noche que pasamos juntos. Y cuando estaba dudando con esos pensamientos enfrentados pasé por delante de una floristería y casi sin pensarlo, con un impulso instintivo, entré y le dije a la vendedora:

—Póngame quinientas pesetas de flores.

La mujer me miró sorprendida:

—¿Quinientas pesetas?

—Sí, sí, quinientas pesetas, escójame las mejores flores.

Empezamos a elegir y formamos un ramo majestuoso, donde se mezclaban las orquídeas con las magnolias y las rosas.

Me parecía inadecuado, ridículo sobre todo, llevárselo al *cabaret* donde ella trabajaba y ofrecérselo en aquel ambiente. Tomé un taxi, me dirigí al hotel donde pasamos la noche, en la calle Echegaray, y dejé en la recepción el ramo de flores y una sencilla nota que decía: «Para Isabel, mi primer amor».

MARCOS ANA,
Decidme cómo es un árbol.
Memoria de la prisión y la vida

Es con los ojos,
no se da con los labios
el primer beso.

HAIKU JAPONÉS,
citado por Marcos Ana en sus memorias

Dos besos llevo en el alma, Llorona,
que no se apartan de mí,
el último de mi madre
y el primero que te di.

La Llorona
(canción folclórica mexicana)

Un ramo como un árbol

Eran mimosas.

Casada, eso me preguntó ayer la niña, que si he estado casada. Si no hubiera sido lo que he sido me habría casado a tontas y a locas, como casi todas. O enamoradísima, que no sé qué es peor.

Estoy segura de que eran mimosas. Bueno, casi segura. Fue preguntarme la niña que si he estado casada y yo ya no dejar de pensar en él. Ni a la luz del día ni de madrugada. Casi no he pegado ojo en toda la noche. Ni en toda la mañana, a ver si soy capaz de dormir un poquito de siesta. De lo que sí estoy segura del todo es de lo que ponía el papelito que me dejó Fernando con las mimosas. «Para Isabel, mi primer amor». Eso ponía. Me acuerdo sin parar de lo que ponía y me entran ganas de llorar, pero no voy a llorar, no se lo merece. O sí que se lo merece. No sé. Claro que, en aquellos tiempos, quinientas pesetas de mimosas eran muchas mimosas. Como para llenarle el cortijón de mimosas a más de una señorona finolis de las que he conocido en mi vida. Por eso a lo mejor no eran solo mimosas, pero mimosas sí que había. Delante de nuestra casa de la colonia de La Algaida había un árbol de mimosas. Qué preciosidad.

Y que conste que yo no tengo nada en contra de las señoronas finolis que acaban con el cortijón como un invernadero, qué va una a tener en contra con lo que una ha sido, también esas criaturas tienen derecho a disfrutarlo, a lo que no tienen derecho es a dárselas de estiradas y limosneras y a ponernos cara de pasmarotes estreñidos cuando pasan junto a alguna de nosotras o, lo que es peor, cara de sufrimiento eterno por nuestros pecados, no por los suyos, en

sus pecados ni se les ocurre pensar, menos a la hora de confesarse, que se confiesen y tan contentas, y se mueren de ganas de echarte un sermón por ser una lo que era y ganarse la vida como se la ganaba. Como yo le pregunté a doña Carmela, la señora de aquella casa en la que estuve tres meses como mucho, cuando le dije que me despedía para hacerme puta, ¿tú estás dispuesta a pagarme el triple de lo que me pagas?, que empezó ella a hacer morisquetas como un molinillo y a decirme que esa era una manera muy fea de ganarse la vida, ¿es que tú estás dispuesta a pagarme mil pesetas al día?, eso le pregunté, pues entonces sal al balcón a hacer todos esos aspavientos y luego bajas y te compras un camión de riego del Ayuntamiento para que te quite la mierda. Así, tuteándola del tirón.

Mi madre me había dicho que doña Carmela era de las nuestras. Ya ves tú, de las nuestras. Yo sé que había querido decirme que era medio bolchevique, y su marido también, aunque tuvieran buen piso en Madrid y un chalecito divino en el pago de La Jara, que por allí, en la parte que da al mar, era por donde tenían todos los señoritos sus fincas de recreo, y mi madre iba a hacerles el cuerpo de casa todos los veranos, y el señorito hasta la llamaba de vez en cuando, entre bromas y veras, camarada, y a mi madre eso le impresionaba mucho. Buena gente, decía mi madre, y yo no digo que no. Ellos conocían la historia de mi padre y yo a veces iba con mi madre al chalé de doña Carmela y ella me dejaba estar por allí jugando a mis cosas, y hasta se le escapaba hacerme una caricia cuando se le ablandaba el costurón bolchevique, qué tirria le tengo yo a tanta caricia. Cuando me hice mocita, doña Carmela le propuso a mi madre llevarme con ella a Madrid a ayudarla en el servicio. No digo que se portaran mal conmigo, eso no, solo que me pagaban menos que a un cura por un sermón, y cuando decidí hacerme puta, porque ya había conocido a alguna muchacha que se dedicaba a ese oficio y me hizo mucha propaganda, a doña Carmela toda la fuerza se le fue en po-

ner caras de agobio y preocupación y en lamentaciones. Solo le faltó santiguarse treinta días seguidos por la salvación de mi alma. Le hice prometerme que no le diría nada a mi madre, y eso no sé si lo cumplió del todo, no lo sé, aunque mi madre siempre aparentó que no lo sabía, ni me preguntó nunca.

A la niña se lo conté deprisa y corriendo, no estaba yo para entrar en filigranas. Digo lo de Fernando. Pero se lo conté ayer mismo, yo sé que se quedó con ganas de más, se lo conté sin esconderle nada importante para que lo entendiese todo, pero sin ponerle al cuento muchas tirasbordás. Yo era eso, a él le pasaba aquello, yo le devolví el dinero y él con ese dinero me mandó un ramo de flores que no cabía en una bañera, yo me moría de ganas de que volviese y él, muchas flores, pero no volvió. Vaya si lo entendió. Se quedó afectadísima, según ella, muy emocionada. No sé.

Un poquito de sueño sí que me está entrando a estas horas, antes de almorzar. Pues me dejó dormir y ya me despertará Sandi con el almuerzo. A ver si descanso un poco, me pesan los ojos, me escuecen, a ver si me duermo y se me va todo esto un rato de la cabeza...

Las sombras se mueven como si estuvieran sueltas cerca de la playa. El oleaje no las estrella como si fueran barcas contra los acantilados, ni las hace astillas en alta mar, devoradas poco a poco por las mareas, solo las mece y dan vértigo. Las sombras son negras, o grises, o casi blancas, todas se mueven, se mezclan, entran unas dentro de otras, salen unas de otras tal como entraron, o manchadas, irreconocibles. Las sombras revuelven el cuerpo entero. A veces, se vomitan sombras.

—Isabel, me ha dicho Sandi que estabas dormida.

—No estoy dormida. ¿No lo ves?

—Claro que lo veo. Pero Sandi me ha dicho que no has comido porque estabas dormida y no ha querido despertarte.

—No tengo apetito. Tengo fatiga.

—¿Te preparo algo? ¿Una manzanilla?

—Tú sabes que yo he sido puta, ¿verdad, hija?

—Sí, Isabel, claro que lo sé. Como para no saberlo. Me lo dijiste ayer unas cuantas veces, qué expresiva eres, no hace falta que me lo digas más.

—Te lo diré todas las veces que me salga de la empanadilla, no seas tiquismiquis. ¿Y alguna vez te he contado lo de Fernando?

—Sí, mujer, alguna vez, es decir, ayer mismo. Y es una historia tan bonita...

—Es que a mí me está dando mucho sentimiento contarle. A nadie se lo había querido contar desde que se lo conté a la Kati, a la única que se lo conté, que se llamaba Escolástica, ya ves tú. Pues no me viene la Kati una noche y me cuenta la historia con todos los detalles, como si le hubiera pasado a ella. Qué lástima me dio. Porque no me enfadé, me dio mucha lástima que haya quien tenga que robarle su vida a otra para poder contar algo bonito de la suya. Pero en ese mismo momento me juré que no iba a contársela a nadie más. A nadie. Y ahora te la estoy contando a ti, fijate.

—No te preocupes, ya te he dicho que soy una tumba.

—A veces las tumbas hablan, te lo digo yo.

—No digas eso, Isabel. Qué horror.

—Tú no eres puta, ¿verdad?, así que no vas a salir por ahí a contarle en primera persona, como si fuera un suceso tuyo, ¿verdad que no?

—Claro que no, mujer. Qué gracia.

—¿Y lo de las mimosas también te lo he contado?

—Lo de las mimosas, no, Isabel. ¿Qué es eso? Ayer no me lo contaste.

—Es que a veces no me acuerdo de lo que te cuento. Cosas de la edad. ¿Qué edad dices que tengo, Martita?

—Ochenta y dos, Isabel.

—Ya ves tú. Como para pasarme ya toda la vida durmiendo la siesta.

Ochenta y dos. Por eso me olvido. Pero eso no se me ha olvidado nunca. Nunca me he olvidado de Fernando. Él seguro que se olvidó de mí. Yo no le cobré, cómo le iba a cobrar, le dejé las quinientas pesetas del servicio en el bolsillo de la chaqueta, y un papelito en el que escribí: «Para que vuelvas hoy». Pero no volvió. Fíjate, yo llevo toda la vida acordándome de él, y él seguro que no ha vuelto a acordarse de mí. Así son los hombres, no hay que darle más vueltas. También los hombres que no parecen como los demás. Porque un hombre corriente hace lo que hizo Fernando, pero sin flores, él no era un hombre corriente. Una mujer sí hace lo que yo hice, sobre todo si es puta. Él no volvió. Y se olvidaría de mí. Yo, todas las noches, al volver a la pensión, le preguntaba al encargado de noche si no había vuelto el hombre que me llevó las flores. Yo no le habría cobrado nunca.

Estoy segura de que eran mimosas. Y algo más, supongo, por quinientas pesetas. El ramo, desde luego, era una exageración. Cuando aquel día volví a la pensión, el encargado de noche me dijo: «Ha venido un hombre un poco raro, como con cara de tísico, fíjate que esa cara me suena de algo, y con un ramo de flores del tamaño del paso de la Macarena, y me ha dicho: "Esto, para Isabel Peñalber". En tu cuarto lo tienes. Y ya sabes que en esta casa no está permitido traer a los clientes». Y yo le pregunté que si acaso me había visto traer a la pensión a aquel hombre, y él me aseguró, sin que se le moviera ni una mijita el orzuelo, que no. Porque él tenía siempre un orzuelo en el ojo derecho. Cuando entramos, el encargado de noche no estaba en su sitio, y supongo que por la mañana, cuando Fernando salió, el encargado de día tampoco estaba en su sitio. En

aquella fonda, que se las daba de mucho postín, casi nadie estaba casi nunca en su sitio. Pero yo no podía llevar a Fernando a la pensión a la que íbamos casi todas a trabajar, por la misma calle de la Cruz, yo tenía que llevarlo a mi cuarto, a mi cama, donde yo tenía mis fotos y mis estampas encima de la mesita de noche, y mi ropita en mi armario, y mi lavabo en mi habitación, pero con su cortinita y su repisita con mis cremitas y mis pinturitas y mis colonias. Pero fue entrar y ponerse él a temblar como la llamita de una vela un Viernes Santo un día de ventolera. Y mira que yo había intentado que se calmase, y mi trabajito me costó, calmarlo a él y calmarme yo, porque a mí ya me estaba entrando coraje, que veía yo que se me echaba a perder el servicio, porque fue su amigo, un tipo con acento extranjero, el que me dio las quinientas pesetas y me dijo: «Para que te vayas con mi amigo». Y él que no y que no, descompuesto, que mejor otro día, y yo poniéndome zalamera, que es una cosa que siempre me ha arremolinado mucho los chicharos, yo a un cliente nunca le hacía carantoñas para que se decidiese, ni le insistía murmurándole cochinadas, eso no iba conmigo, allí estaba yo con mi poderío, y si con eso al cliente no le bastaba, pues que circulase el aire. Pero con aquel fue distinto. Primero, porque quinientas pesetas eran quinientas pesetas, y segundo, porque me dio ternurita, ya ves tú, desde que le vi. Menos mal que el otro intervino y le dijo: «Mira, hombre, invítala a cenar por aquí cerca y verás como luego te animas». Y le dio otros veinte duros para que me invitase. Y él como si viese el cielo abierto, que bueno, que a cenar sí, y yo le dije que ni hablar, que, en todo caso, a cenar después, porque yo estaba trabajando, no alternando, y que después ya veríamos. Bueno, eso no se lo dije, pero es que era un principio que tenía una, no mezclar el trabajo con el entretenimiento. El entretenimiento es un desperdicio. Lo que sí le propuse es dar un paseíto hasta mi hotel de verdad, ahí exageré un poquito, porque para llamar hotel a aquella fonda había que exagerar mu-

cho, pero al menos era más presentable que la pensión de mala muerte en la que trabajábamos, y eso que luego caí en la cuenta de que en el hotel, que había que tener cuajo para llamarlo hotel, las chicas teníamos prohibidísimo llevar a clientes, y en aquel momento estuve a punto de arrepentirme y llevármelo a la pensión descascarillada en la que ejercíamos, aunque estoy segura de que, en cuanto entrásemos en aquel portal que daba miedo, él sí que habría salido corriendo. Pero entonces él dijo: «Venga, vamos». Y lo dijo de una manera, estirándose un poco, como metiéndose valor a sí mismo, como si se lo estuviera prometiendo a su santísima madre, pero, sobre todo, mirándome de una manera, como si no acabara de creerse lo que tenía delante, aquella preciosidad que yo era entonces, con aquella cara de niña pero con aquel cuerpo ya de mujer hecha y derecha, con aquellos ojos, con aquellos dientes un poquito apiñados pero que no me importaba enseñar cuando me reía con toda la boca, aquella dentadura que a todos los clientes les parecía tan sexy, ya ves tú, que a muchos me parece que les daba un poco de miedo cuando me pagaban el extra por un francés, que yo para aquello también era muy selectiva, pero todos a los que les decía que sí se me ponían como un trueno, por el morbo de que yo pudiera dejarlos estropeados con aquella dentadura tan original, me parece a mí. El caso es que él me miró de aquella manera y a mí se me pasaron todos los miramientos y me dije, me lo llevo al hotel, y que sea lo que Dios quiera, ya me las apañaré con el encargado. Y salió bien.

—El encargado no estaba.

—¿Qué encargado?

—El de la fonda.

—Ya, la fonda a la que llevaste a ese hombre..., ¿cómo se llamaba?

—La Riojana. Ya ves tú qué nombre para un hotel como está mandado.

—No, mujer, la fonda no, cómo se llamaba el chico.

—¿El encargado?

—Isabel, voy a pensar que no quieres volver a decirme cómo se llamaba el chico que te llevaste a la fonda. Se llamaba Fernando, ¿verdad?

—No era un chico, era un hombre hecho y derecho. Me cuesta trabajo repetir su nombre. Menos mal que el encargado no estaba.

—Así que no estaba.

—La primera vez, no.

—¿Cómo que la primera vez? ¿Es que ese Fernando y tú volvisteis a estar juntos más veces?

—No, corazón.

—Eso te había entendido yo. Que nunca más volviste a verlo, que no volvió.

—Pero esa noche salimos por fin a cenar y luego volvimos a entrar otra vez.

—Y cuando salisteis y volvisteis a entrar, ¿tampoco estaba el encargado?

—Sí que estaba.

—¿Entonces?

—Estaba. Y dio un respingo cuando nos vio y puso cara de esbirro de todos los señoritos del mundo, seguro que de eso le sonaba la cara de Fernando, de aquel salir y entrar. Pero yo le había pedido a Fernando, antes de salir de la habitación, cincuenta pesetas, y él me las dio de su bolsillo, no de las cien que le había dado su amigo para que me invitase a cenar, que tampoco iba a sacarlas yo de las quinientas que me había dado a mí por el servicio, y yo se las puse al encargado en la entradita del recibidor, quiero decir encimita mismo de la portañuela, con un amago de pellizquito y todo, y a él se le quitaron de pronto las ganas de abrir la boca y empezar a graznar.

—Esto es nuevo, esto no me lo habías contado. ¿Y volvisteis después de la cena?

—Volvimos.

—¿Y entonces el encargado seguía allí o no seguía?

—Seguía. Pero se hizo el dormido. En aquellos tiempos, cincuenta pesetas podían dar mucho sueño, corazón. Ahora tengo sueño, ya ves.

Cenamos a medias, pero dormimos la mar de a gusto. Pero antes los dos tuvimos que pasar nuestro sofocón. Porque, a él, el empujoncito que le había entrado por dentro le duró lo que entrar en mi cuarto, que fue verse allí conmigo a solas y quedarse como atragantado de la cabeza a los pies, y yo me dije este no me aguanta y sale corriendo escaleras abajo. Estaba el pobre como enyesado de pronto. Así que lo abracé. Tampoco me hizo falta abrazarlo mucho. Empezó de pronto a temblar. Y yo ahí sí empecé a decirle cosas bonitas, no cochinas, cosas bonitas. Ya verás lo a gusto que vamos a estar, como si estuviéramos con nuestro brasero cargadito de picón una noche de mucho frío, como si no tuviéramos a nadie más en el mundo, como si todos los relojes, hasta el de la Puerta del Sol, se estropeasen de repente, yo no tengo ninguna prisa, anda, cálmate, hasta que a ti te entre la cosquillita donde te tiene que entrar, qué bonito respiras ahora, qué calentito, cosas así le decía yo. Y de repente el hombre se me lio a llorar, pero a llorar. Aquello no era un hombre llorando, aquello era una tetera soltando toda el agua que tenía dentro, toda la llantera, no sé explicarlo mejor. Así que lo abracé más y le hice sentarse en la cama, yo tratando de no angustiarme, porque no se me ocurría qué podía pasarle a aquella criatura para llorar de aquella manera por estar allí para lo que estábamos, a lo mejor se le acababa de morir la novia de un retortijón en el corazón, o la madre, con alguno al que se le acababa de morir la madre sí que me había ocupado yo alguna vez, y también fue raro, pero entonces él dijo lo que dijo.

—Tú ya sabes lo que al final me dijo, ¿verdad Martita?

—Lo sé. Eso sí que me lo dijiste ayer. Que era la primera vez que estaba con una mujer. Qué fuerte.

—Eso me dijo, sí.